

ESPRONCEDA

Marcos Arróniz*

I. SU VIDA

Entre los poetas que han descollado en esos últimos tiempos en Europa, debe contarse sin duda alguna al célebre Espronceda, cuya fama cada día se aumenta, y cuya influencia se desarrollará prodigiosamente en lo sucesivo, tanto en la literatura como en la sociedad. Verdad es que en sus poesías no se encuentra la melancolía dulce y expresiva de Bermúdez de Castro, ni el éxtasis profundo de Nicomedes Pastor Díaz, ni la lujosa sencillez de Arolas, no; pero en cambio, cuánta fuerza, amargura y valentía que seducen y fascinan las almas. Muy raro es el poeta español de este siglo que pueda competir con él en estas facultades, y de los extranjeros solo recuerdo en este momento a Byron, quien no se hubiera desdeñado a adoptar como suyas las producciones del bardo español. Puede decirse con justicia que Espronceda es el Byron de España: ved la misma belleza física, el mismo preclaro talento, la misma sensibilidad ardiente, la misma audacia y energía, igual vida desenfadada e idéntico entusiasmo por lo grande que a uno lo impele a combatir por Grecia y al otro a ofrecer su brazo en defensa de la oprimida Polonia. Leyendo las obras de ambos escritores, se nota analogía entre ellas. [...] Nacidos con corta diferencia en una misma época, bebieron la amargura en las mismas fuentes emponzoñadas; en la sociedad hipócrita y malvada que los rodeaba [...] ellos cantaron las vacilaciones de la conciencia, cuando la religión les predica unas máximas y la sociedad las contrarias. [...] Por eso los cantos de ambos poetas son escépticos, crueles y fúnebres.

Muchos creen que escritores de esta clase hacen mucho daño al mundo, pues sirven para derramar el mal. Yo creo lo contrario, porque ellos no lo derraman, puesto que ya lo sufre solapado la sociedad; no hacen más que desenterrarlo y presentarlo a la vista de todos en su entera deformidad, sin la máscara con que se ocultaba, y al mismo tiempo lo escarnecen y se mofan de él, llegando a conseguir tal vez de ese modo un alivio en las dolencias que causa. Menos conseguirán este resultado aquellos que ensalcen las apariencias mentirosas, porque inciensan el mismo mal oculto tras de aquellas, e inducen a los pueblos a persistir en él.

[...] Las poesías de Espronceda nos hacen recordar esos paisajes formados por montañas salvajes y escarpadas, llenas de horribles precipicios adonde se desploman torrentes impetuosos, lleno todo de una belleza terrible.

* Arróniz, Marcos, «Espronceda», *La Ilustración Mexicana*, I, núm. 11 (1851), pp. 210-224. II. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=222&tipo=publicacion&anio=1851&mes=01&dia=01>

El padre de nuestro poeta era coronel del regimiento de caballería de Borbón. [...] Durante su infancia arrullaban sus sueños los cantos marciales del soldado, el relincho de los corceles y el ruido de las armas; y cuando ya pudo manejar un caballo, entró de cadete en el regimiento de su padre, [...] pero la suerte le deparaba una corona lozana de laurel, más valiosa que la del guerrero, pues no está reñida con sangre.

Concluida la gloriosa lucha de independencia que arrojó de España las formidables huestes del coloso siglo, la familia Espronceda se fue a vivir a Madrid y él entró al colegio de San Mateo, que dirigía el célebre literato don Alberto Lista, quien, viendo la vocación de su joven alumno por las musas, comenzó a instruirlo en las reglas del buen gusto y a corregirle los defectos con la mayor dulzura que se atraía el cariño de Espronceda. Después que se cerró el colegio de San Mateo, Lista siguió dándole lecciones privadas, entusiasmado por su prodigioso talento, que había causado la envidia de sus condiscípulos, quienes en vano se esforzaron por aventajarlo a fuerza de estudio; él, sin tomarse grandes trabajos, descolló entre todos. Poco tiempo después, en compañía de otros jóvenes amantes de las letras, fundó la Academia del Mirto, donde se reunía la juventud entusiasta a leer composiciones literarias para purgarlas de los defectos de que naturalmente adolecen los primeros ensayos de los poetas. Amante también de todo lo grande y noble, ansiaba por la libertad de su patria, que sufría el yugo del ministro Calomarde, y, para conseguir su objeto, formó en compañía de Ventura de la Vega y otros jóvenes una asociación que llamaron Los Numantinos; pero los ecos de sus fogosas arengas y los vivas que daban a la libertad llegaron a oídos de la policía y fueron reducidos a prisión. Salvó a Espronceda de una desgracia su corta edad, pues apenas contaba entonces quince abriles, y los empeños de sus parientes no pudieron conseguir otra cosa sino debilitar su sentencia, y salió desterrado de Madrid para el convento de San Francisco de Guadalajara, donde se supuso el Gobierno que aquellos religiosos trocarían sus nobles aspiraciones por ideas serviles y retrógradas. El silencio misterioso de los claustros, el toque religioso de las campanas y las notas solemnes del órgano volvieron a encender en su corazón el fuego sacro de la poesía que había amortiguado la política, y arrebató con entusiasmo la trompa épica, arrancando de ella acentos llenos de varonil vigor. Empezó entonces a escribir el poema *El Pelayo*, héroe muy digno de ser cantado como redentor de la monarquía española, [...] solo sentimos que no lo concluyese, pero ¡ay!, de ello es culpable la muerte, que arrebató a Espronceda la flor de su juventud cuando su patria le preparaba una corona de laurel, que no sirvió más que para ornar su tumba.

Después de cuatro meses de reclusión, volvió nuestro poeta a la corte, donde pasó como dos años entregado a una vida desordenada en que quería ahogar los dolores que le causaba la sociedad. [...] Viéndose durante ese tiempo continuamente acechado por la suspicaz policía, y deseando gozar de más libertad, se marchó para Gibraltar; en este puerto no permaneció mucho tiempo, porque de allí se dirigió a Lisboa, donde, pasados algunos días después de su llegada, empezaron las convulsiones políticas a causa de las intrigas y manejos de don Miguel y la Regente. Tuvo el Gobierno sospechas de los emigrados, ordenando que fuesen encerrados en el castillo de San Jorge; entre ellos se contaba nuestro joven poeta, a quien la fortuna siempre miró con ceño, sin condolerse de su tierna juventud ni de su brillante talento. En aquel lóbrego

recinto pronto vio aparecer el ideal de sus pensamientos de amor en la figura de una mujer de divinas facciones, de talle esbelto y elegante: era la hija de un coronel que venía a acariciar a su padre, compañero de prisión de Espronceda. Pronto una voraz pasión comenzó a incendiar su corazón y a convertirle aquella fúnebre cárcel en un paraíso de delicias. Ella le correspondió, y así pasaron momentos de felicidad donde no debían esperar más que dolores y tristeza. [...] De súbito fue arrancado de la cárcel y transportado a un buque que pronto le condujo a Gran Bretaña, donde estudió con ahínco la bella y vigorosa literatura inglesa, recreándose con las obras de Shakespeare, Milton, Young y Byron. Compuso muchas de sus poesías allí, entre las nieblas del Támesis, y empezó *El Diablo Mundo*, ese poema que nos pinta el mundo en su triste desnudez. Después de algún tiempo llegó a Londres la adorada de su corazón y dividió sus horas entre la poesía y el amor.

Los acontecimientos novelescos de su pasión, que le causó muchos compromisos, lo obligaron a partir para Francia en 1829, y fijó su residencia en París. En julio del año siguiente estalló la revolución que arrojó del trono a Carlos X y Espronceda, siempre amante de la libertad dondequiera que se proclamase, expuso su existencia en defensa de ella, batiéndose bravamente en el puente de las Artes y en las barricadas contra los realistas. Espronceda tuvo que dejar el territorio español y regresar a París, donde llegó a saber que se formaba una expedición para ir a libertar a la esclavizada Polonia, y al momento se alistó en ella, pero fue frustrada por Luis Felipe.

Luego que Cea subió al poder, se proclamó una amnistía, y favorecido de ella entró Espronceda a España, pudiendo entonces contemplar el cielo donde pasó su infancia y los campos donde pasaron sus juegos infantiles después de una ausencia tan larga. Entró a servir en Madrid en el cuerpo de Guardias de Corps, y volvió a recordar las ocupaciones de su niñez cuando era cadete al lado de su padre y se instruía en los rudimentos de la milicia. Pronto, en su nuevo empleo, se captó el aprecio de sus jefes y compañeros por su exacto cumplimiento en el servicio y por sus felices disposiciones para la carrera de las armas.

Pero no asustaron a las musas sus arreos marciales, y compuso unos versos en que criticaba la política del Gobierno, que fueron muy aplaudidos y llegaron a manos del primer ministro, quien mandó desterrar al poeta a la villa de Cuéllar a pesar de las súplicas de sus jefes, que intercedieron por él. Allí se ocupó en sus ocios en escribir la novela titulada *El castellano de Cuéllar*.

De vuelta a Madrid, cuando se proclamó el Estatuto, se hizo periodista, con el fin de defender las ideas liberales por las que había sacrificado su salud, que tanto sufrió en su vida agitada. El periódico en que escribía era *El Siglo*, que gozaba de bastante fama, y que tanto sirvió al partido progresista. [...]

En los baños de Santa Engracia se hallaba Espronceda, y se fue desde allí a reunir a la octava compañía de cazadores de que era teniente, para defender con su espada como otras tantas veces las libertades patrias. En esta ocasión fue feliz, y un completo triunfo coronó a su partido. [...]

Hasta el año de 1841 había sido Espronceda cadete, estudiante, revolucionario, poeta, expedicionario, guardia de corps, periodista y oficial de guardia nacional. Solo le faltaba ser diputado y diplomático: ambas cosas realizó poco después. Fue nombrado secretario

de la legación española en La Haya, donde desempeñó por corto tiempo su comisión, porque sus males se empeoraron con el frío de la Holanda, y porque fue nombrado representante al Congreso por Almería, y ambas cosas lo decidieron a volver a Madrid. Sus ensueños más ardientes se vieron así realizados, pues el defender los derechos del pueblo en un cuerpo legislativo siempre había sido objeto de sus deseos más intensos.

La muerte, que ya lo seguía de cerca, lo arrebató al mundo el 23 de mayo de 1842, después de sufrir por espacio de cuatro días una inflamación de garganta. Todo Madrid se llenó de luto, y España perdió a uno de sus hijos predilectos.

Sus facciones tenían una hermosura varonil, en su frente estaba retratada la tristeza de su corazón, y su estatura era elevada y gallarda. Uno de sus biógrafos, hablando de él dice: «Poeta de esplendorosa fantasía, de numen potente, de entonación robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia a su nervioso estilo [...]». Más adelante, también se expresa así: «Espronceda blasona de su amor a los peligros en la “Canción del pirata”. Su espíritu belicoso se halla patente en “El canto del cosaco”. Lo acrisolado de su patriotismo, en la “Despedida del joven griego de la hija del apóstata”. Sus delirios de socialista, en “El mendigo” y en “El verdugo”. En el “Himno al sol”, su elevación de ideas. Cuando canta “A un lucero”, llora la pérdida de ilusiones. Cuando “en una orgía” se dirige “a Jarifa”, el hastío lo devora. Cuando compone *El estudiante de Salamanca*, dibuja en don Félix de Montemar su propio carácter. Con leer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen a ser un exacto compendio de su historia».

A las cuatro y media de la tarde del día siguiente al que murió Espronceda, tuvo lugar el entierro de su cadáver, que antes fue depositado en el templo de San Sebastián. Por delante iban los pobres de San Bernardino, los senadores y diputados por Almería marchaban al lado del féretro, que iba colocado en un hermoso carro fúnebre tirado por cuatro briosos caballos enlutados; y el señor patriarca de las Indias, el señor presidente del Congreso, los señores condes de las Navas y Moreno, juntamente con los parientes del difunto artista, jóvenes de la grandeza, oficiales del ejército y de la milicia, comisiones del Ateneo y del Liceo, senadores, generales, diplomáticos y, en fin, el pueblo formaban el cortejo fúnebre, cerrando la marcha una multitud de coches. Todos se apresuraban a rendir los últimos homenajes a los restos del claro ingenio que había desaparecido, todos derramaban tristes lágrimas por el poeta que había muerto en la pompa de su juventud. En todas las clases de la sociedad había hallado simpatías durante su vida y en su muerte fue sentido generalmente. La literatura francesa también estaba representada en el duelo por monsieur Viardot, esposo de la señora Paulina García, que quiso también pagar un tributo de respeto y admiración al joven cuya fama era europea. [...]

Fue conducido al sepulcro donde yacen las reliquias de Calderón, y allí, delante de algunos amigos íntimos del difunto, fue abierto el ataúd, y el señor Maraci tomó una de las coronas de laurel que estaban colocadas sobre la urna que guarda las reliquias del primer poeta dramático español, [...] y colocó la corona sobre las sienes heladas de Espronceda. [...]

Luego fue llevado el féretro al nicho donde debía dormir el sueño eterno. [...]